

Una ausencia vigente, una deuda pendiente: pensar “los setenta” desde los trabajadores¹

Federico Guillermo Lorenz

*La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada.
Estuvo presente en su propia formación.*

E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra.*

Sobrecargas

Desde hace unos diez años la temática de la militancia política durante los años tormentosos y sangrientos que se engloban bajo el rótulo de “los setenta” ha ido ganando preponderancia en el espacio público. Hitos como el estreno de *Cazadores de Utopías*, de David Blaustein, o la edición de los tres tomos de *La Voluntad* (Eduardo Anguita y Martín Caparrós) instalaron con fuerza creciente la figura de los militantes revolucionarios en distintos relatos públicos que hasta ese momento estaban hegemonizados por las violaciones a los derechos humanos y el terror estatal vigente durante los años de la dictadura militar. La lucha del movimiento de derechos humanos, la política del primer gobierno democrático y el Juicio a las Juntas (1985) habían dejado una huella muy fuerte en el relato público del horror, caracterizado precisamente por eso: una concentración, casi una fascinación pedagógica en las formas de la represión y sus consecuencias, relegando a un segundo plano la reflexión sobre los años previos a 1976, concretamente sobre las causas que transformaron a los actores en víctimas de la represión ilegal.²

De allí surgió una sensación que predominaba sobre todo entre los antiguos militantes: “de nosotros no se habla, del *proyecto* no se dice nada”. Pero contra ese sentido común, aún muy fuerte y arraigado sobre todo en los sobrevivientes y protagonistas de aquellos años, es posible afirmar que *cada vez sabemos más* acerca de las organizaciones armadas y algunos de sus frentes de masas.³ En el transcurso de este año, inclusive, aparecieron una serie de obras testimoniales que recuperan la historia de los militantes de base de las organizaciones guerrilleras, surgidas en gran medida por oposición a relatos públicos que se concentraban fundamentalmente en la historia de las cúpulas guerrilleras o en la biografía de cuadros notorios.⁴

Parecería ser que los cuestionamientos a la llamada *teoría de los dos demonios*, fundacional en los años iniciales de la transición democrática, se han materializado fundamentalmente en el reingreso a la historia de aquellos años de la imagen de los militantes revolucionarios y sus organizaciones políticas o político - militares. No obstante, la reinstalación de las dimensiones políticas de un pasado abordado hasta no

¹ Este artículo fue publicado bajo el título: “Pensar los setenta desde los trabajadores”. En *Políticas de la memoria*, verano 2004/2005, Buenos Aires, pp. 19-23.

² Podrían imaginarse dos consecuencias de esta pedagogía. En primer lugar, el rechazo de la violencia y la revalorización de los mecanismos de la democracia. Luego, la exhibición permanente, aún bajo la forma de su condena judicial y social, del castigo ejemplar sufrido por aquellos que habían buscado confrontar con reglas y órdenes sociales.

³ No me refiero exclusivamente a la producción académica, sino a la gran cantidad de investigaciones periodísticas, ensayos y obras testimoniales, así como documentales y ficción al respecto.

⁴ Ver, por ejemplo, Marisa Saadi, *Montoneros. La resistencia después del final*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2004; Cristina Zuker, *El tren de la victoria*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

hace muy poco en términos casi exclusivamente éticos, se viene produciendo desde una lectura que da prioridad al papel jugado por los grupos armados o, en el mejor de sus casos, por sus agrupaciones de superficie.

Desde un punto de vista histórico y político, esto enriquece las discusiones sobre el tema. No sólo desde un interés académico y/ o político, sino, más ampliamente, desde una perspectiva social, es decir: desde la posibilidad de ofrecer mayores elementos y hechos para la apropiación colectiva de un pasado complejo. Sin embargo, aunque estas inclusiones dan una complejidad importante al panorama, no dejan de mantener un sesgo fuerte a la hora de reconstruir y analizar aquellos años: así como las aprensiones hacia la violencia insurgente hicieron carne sobre todo en los sectores medios; así como la propaganda dictatorial hablaba de “jóvenes insatisfechos” para aludir a la guerrilla (ubicando su origen en el mismo sector social), la memoria de aquellos años también aparece monopolizada por relatos que los tienen por protagonistas, sea en su carácter de actores del cambio revolucionario o de la represión ilegal (en este último caso como víctimas). En este punto ubico la ausencia pública sobre la que me interesa reflexionar.

Si en los años ochenta la toma de conciencia social fue a través de una víctima emblemática, los jóvenes “inocentes”, y sobre todo estudiantes, en los noventa el retorno de la política parece ser a través de un modelo de combatiente o militante revolucionario de ese mismo origen social y cultural. En un notable contraste, a lo largo de los escasos veinte años posteriores al final de la dictadura, la figura de los trabajadores continúa prácticamente ausente de los relatos dominantes. Esta tiene una presencia más o menos fuerte y concentrada en algunos actores y episodios emblemáticos desde el Cordobazo hasta 1975, para luego irse desdibujando en forma creciente de los relatos públicos sobre esa época y el período de la dictadura militar. El resultado es una infravaloración, tanto en su condición de activistas sindicales como protagonistas de masivas movilizaciones o como de víctimas mayoritarias de la represión paraestatal y estatal ilegal.

La historia de los trabajadores aparece subsumida en relatos construidos desde la perspectiva de otros grupos y actores, sobre todo políticos, cuando no actúa como mera *partenaire* social y política de otros sectores radicalizados, un elemento necesario para *poner en contexto* o *definir por oposición* a otros actores sociales y políticos. Los trabajadores, en consecuencia, son el *coro* que refuerza la actuación de los personajes principales del drama (o la comedia).

Uno de los esfuerzos más grandes por parte de los afectados por la represión ilegal consistió en romper el muro que separaba su dolor y su lucha del resto de la sociedad. La apropiación social del tema que se ha logrado hasta hoy debe ser leída como una consecuencia de esa instalación. Las demandas de justicia –y posteriormente de memoria- levantaron imágenes que se transformaron en emblemas de la represión. Notoriamente, en los años iniciales de la lucha del movimiento de derechos humanos, la de jóvenes idealistas, poco menos que adolescentes, víctimas de un sistema represivo perverso e inhumano. Entre estas imágenes la figura de los militantes sindicales, de los trabajadores, y aún podríamos decir de los sectores populares, está poco menos que ausente.

Se pueden encontrar numerosas explicaciones para esta ausencia: recursos y vínculos para reclamar; humores sociales en relación con los sindicatos; distintas situaciones que favorecieron la persistencia en la lucha; niveles educativos que facilitaron o dificultaron la expresión y el conocimiento acerca de elementales derechos constitucionales. Pero desde el punto de vista de las consecuencias, es decir de la transmisión y de la apropiación social, me interesa señalar esta ausencia para realzar lo importante que sería

tanto para la explicación histórica de la época, como para la apropiación social de esos años terribles, comenzar a mirar los setenta desde los trabajadores.

El enfoque predominante vigente hasta ahora, concentrado en un sector particular tanto de la población afectada como de sus estrategias políticas de lucha y resistencia previas al golpe, tiene varias consecuencias. Como señalé, una de ellas es la mirada sesgada a la hora de imaginar a los protagonistas y caracterizar el período, que produce una sobrecarga en algunos elementos del pasado violento en desmedro de otros. Parecería haber una complementariedad entre la espectacularidad de las acciones guerrilleras y esta tendencia a la concentración en su accionar que parecen seguir buena parte de los análisis sobre el período. No es fácil encontrar hoy una lectura que inserte a la práctica armada en un contexto mucho más amplio y diverso de movilización social, es decir, de *opciones políticas* frente a una situación de represión y proscripción, entre las que tomar las armas fue uno de los caminos posibles. Al respecto, en un texto particularmente estimulante, María Cristina Tortti afirma que “no nos parece adecuado circunscribir el fenómeno de la “nueva izquierda” a sus expresiones estrictamente políticas –o político– militares- y menos aún presentarlas exagerando sus diferencias con el movimiento de protesta social. Pero tampoco nos resulta apropiado forzar la identidad de fenómenos que, si bien mantenían nexos, carecían de esa casi perfecta continuidad entre intereses de clase y acción política que algunas perspectivas teóricas tienden a adjudicarles”.⁵ Cuando esto sucede, agregó, aparece una subordinación de estas experiencias (entre ellas la de los trabajadores) a la construcción de una causalidad que permita explicar la opción por la violencia, tomando el contexto que se reconstruye desde este sesgo inicial solamente como el argumento que explica (o justifica) la opción armada.⁶

Esto puede explicarse porque en muchos casos, la reflexión sobre el período ha surgido de actores provenientes del mismo sector social que los afectados que conforman el imaginario dominante. Son muchas veces afectados o protagonistas ellos mismos, y otras tantas actores con afinidades generacionales, sociales y culturales con la militancia armada o en sus frentes de masas. El afán de reparar un silencio público real, cuando no directamente oponerse a las voces condenatorias vigentes durante la dictadura militar y los años ochenta, ha generado una serie de obras testimoniales, ensayos periodísticos y trabajos desde la historiografía que vienen recargando la mirada sobre las organizaciones guerrilleras y algunos de sus frentes de masas. Estas lecturas, en muchos casos autoproclamadas revisionistas, salvo excepciones en realidad han instalado una suerte de visión heroica o heroizante, sobre todo por tratarse de escritos testimoniales.⁷

⁵ María Cristina Tortti, “Protesta social y ‘nueva izquierda’ en la Argentina del ‘Gran Acuerdo Nacional’”, en *Taller*, vol. 3, N° 6, Abril de 1998, pp. 16-17. Estas distorsiones analíticas impedirían, según la autora, perder de vista la “consumación de un grandioso equívoco” producto del cual los trabajadores y los jóvenes radicalizados veían respectivamente al otro compartiendo su propio proyecto. Para los sectores dominantes, como también señala Tortti, este equívoco no fue tal para los sectores dominantes, quienes vieron esta confluencia –aunque heterogénea– como una amenaza.

⁶ Al referirse a la producción historiográfica sobre la época Roberto Pittaluga ofrece una clave interesante para la crítica de las lecturas que cuestiono: “Es incluso notable que en los actuales tiempos en los que la narración histórica puede exhibir una pluralidad de enfoques que permiten una extensión de las miradas sobre las singularidades opacadas, las diferentes experiencias ignoradas, o simplemente las posibilidades truncadas, y cuyas perspectivas vienen por lo tanto a señalar la complejidad y diversidad de los procesos sociales, en el caso de las referencias a los años ’60 y ’70 estas escrituras son casi inexistentes. Por el contrario, la mayoría de las interpretaciones sobre esos años invierten más bien esa tendencia de la historia actual, y proveen una uniformidad del abordaje en torno de las temáticas de la exaltación de la violencia y el menosprecio por la democracia”. Roberto Pittaluga, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en *El Rodaballo*, Año VI N° 10, verano de 2000, p. 37.

⁷ Algunos ejemplos de esta tendencia: Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000, Gonzalo Leónidas Chaves y Jore Omar Lewinger, *Los del 73. Memoria montonera*, La Plata, De La

Pero al mismo tiempo, y lo que es más grave, replican y repiten de algún modo la dualidad vigente entre los años setenta y ochenta, concentrando su mirada en un pequeño sector de la militancia política revolucionaria y sus historias. Como si se tratara de una prueba de que la marca de la propaganda dictatorial siguiera vigente, se sigue resignificando el modelo negativo construido por ese aparato propagandístico, concentrando la mirada en las organizaciones armadas, sin intentar ampliar el enfoque hacia otros sectores sociales, cuando hacerlo sería un mecanismo válido tanto para reducir la satanización de una parcela de la sociedad como para, a la vez, comenzar a reconstruir históricamente las reales dimensiones sociales y alcances colectivos del terrorismo de estado.

Los debates que se desataron a raíz de la política de los derechos humanos del actual presidente y sus alusiones a “los setenta” muestran la vigencia de esta visión dualista, que ahora, *mutatis mutandis*, parecería alinearse no ya en el par “victimarios/ víctimas inocentes” sino “victimarios/ militantes populares en desventaja”.

Ausencias y propuestas: (re) dimensionando la violencia y la política

Frente a este panorama la historia de los trabajadores, su vida cotidiana y experiencias durante los años de la movilización política y represión posterior aparece oscurecida y poco conocida. Este desconocimiento es más lamentable aún si pensamos que estudios dedicados a la historia de estos actores sociales serían un elemento clave para continuar la revisión de un pasado doloroso, conflictivo y no saldado, fundamentalmente mediante la incorporación de nuevas dimensiones y problemáticas históricas a la discusión. No sólo por la agregación de actores sociales a la discusión, sino fundamentalmente porque esta agregación analítica de *objetos* conllevaría la necesaria apertura de cuestiones socioeconómicas que aún continúan en un segundo plano frente a la fascinación/ fijación social, analítica o auto referencial tanto frente al terror como a la violencia guerrillera o terrorista.

Lo que sigue son una serie de observaciones y propuestas.

En primer lugar, es evidente que se trasladaron a los análisis acerca del período las valoraciones vigentes durante el mismo. En efecto, el sindicalismo arrastra una “mala fama” que en particular en los años setenta lo asocia a la llamada “burocracia sindical”, enemiga por antonomasia de la *Tendencia Revolucionaria* u otras agrupaciones políticas con frentes sindicales.⁸ Las lecturas sobre el sindicalismo en esos años rescatan un núcleo de dirigentes y corrientes emblemáticas surgido sobre todo en los años previos al Cordobazo, como la CGT-A, o personalidades como Agustín Tosco, que aunque relevantes, creo que funcionan, sobre todo en algunas lecturas desde la izquierda, como la posibilidad de mostrar que “no todos los sindicalistas fueron burócratas” antes que dentro de un análisis de su real impacto y presencia en los gremios y la sociedad de la época, atravesados y constituidos por otras experiencias y tradiciones. Debe deslindarse analíticamente la distorsión que produce la necesidad, desde la izquierda, de resaltar y rescatar a una clase concebida como ontológicamente revolucionaria, y hacer el mínimo esfuerzo científico que permita respetar las características del objeto en estudio, en este caso la experiencia de clase de los sectores obreros argentinos.⁹

Campana, 1998 y Gregorio Leenson y Ernesto Jauretche, *Héroes. Historias de la Argentina revolucionaria*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1998.

⁸ Llama la atención, en muchos de los trabajos sobre el período, la escasa atención que se le presta a una mirada como la de Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

⁹ Uno de los casos que se suele resaltar desde esta tendencia que cuestiono es el cordobés. Sin negar el impacto simbólico de esta experiencia, es bueno señalar que en 1974 los obreros industriales de esa provincia representaban el 8% del total de ocupados en la industria manufacturera argentina, contra, por

Parecería ser, por ejemplo, que el fenómeno de las coordinadoras de gremios en lucha, durante 1975, fue protagonizado por un grupo de obreros esclarecidos y un puñado de integrantes de la JTP que “descubrieron su error a tiempo”, o que en el mejor de los casos deben ser respetados por su entrega pero no así por su opción.¹⁰ Al disponer de pocos trabajos históricos sobre la época, estas visiones cristalizan y se mantienen dominantes y sobredimensionadas, sobre todo porque existe una clara empatía por parte de los autores con el fenómeno y el recorte del período elegido.¹¹ Este tipo de lecturas harían creer, por otra parte, que en su desarrollo los dirigentes y agrupaciones reivindicados no hubieran recogido ninguna tradición de lucha o incidido sobre ellos experiencia previa alguna. Se trata de una mirada elitista y vanguardista que desconoce la elemental dinámica de la transmisión, acumulación y resignificación de las experiencias, y construye una mirada de suplantación y reemplazo antes que de construcción o resignificación.¹²

La “mala fama” de los sindicatos se consolidó durante la transición democrática, en particular debido a la política de confrontación con el gobierno radical. Si Alfonsín había denunciado un pacto sindical- militar en los finales de la dictadura, los sucesivos paros que la CGT realizó durante la primera presidencia democrática tras el Proceso de Reorganización Nacional contribuyeron a fortalecer su imagen desestabilizadora. Pero quienes hacían los paros contra Alfonsín en muchos casos eran los que habían protagonizado en 1977, 1979 y años sucesivos los primeros intentos de resistencia y oposición a los avances sobre los derechos laborales *desde la práctica sindical*. Personajes y dirigentes vinculados, además, a los intentos para poner en funcionamiento la CGT a pesar del régimen militar y la prohibición, es decir afines al movimiento obrero organizado sindicado como opositor a los distintos proyectos revolucionarios de los setenta.

Los miles de trabajadores que participaron en las movilizaciones o vivieron las relaciones de trabajo en esos años ameritan trabajos de una mayor densidad y complejidad. Por ejemplo, no tenemos estudios más que desde el análisis político, o desde la visión de las organizaciones armadas o grupos afines, del impacto del asesinato de dirigentes sindicales que, repudiados por sus prácticas y opciones políticas, evidentemente gozaban de un importante respeto entre sus representados, por mal que estos lo fueran. Así, la muerte de Rucci a manos de Montoneros es tradicionalmente analizada desde el punto de vista del “error de Montoneros” y no desde su repercusión entre los trabajadores y las contradicciones que generó a numerosos militantes.

ejemplo, el 45% de la provincia de Buenos Aires, o el 21% de la Capital Federal. Fuente: Censo industrial de 1974, citado en Héctor Palomino, *Cambios ocupacionales y sociales en Argentina, 1947-1985*, Buenos Aires, CISEA, 1987, p. 93.

¹⁰ Para una crítica de estas visiones, Daniel Paradedá, “El Rodrigazo y las coordinadoras interfabriles”. Ponencia presentada en “II Jornadas de Historia de las izquierdas en la Argentina”. Buenos Aires, CEDINCI, (11, 12 y 13 de diciembre 2002).

¹¹ No es el caso para los períodos anteriores. Como excepción, Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, James Brennan, El Ccordobazo. *Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, Mirta Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta social y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo libros/ Entrepasados, 2001.

¹² Para un panorama, crítica y propuesta acerca de estos problemas: Jorge Cernadas, Roberto Pittaluga y Horacio Tarcus, “Para una historia de la izquierda en la Argentina. Reflexiones preliminares”, en *El Rodaballo*, n° 6/7, Buenos Aires, 1997. Según estos autores, un sector de la producción académica al respecto se ha transformado en una suerte de nuevas “historias oficiales” de las izquierdas.

Pero lo que es más evidente: carecemos de análisis del impacto de estas y otras cuestiones aún en los grupos sindicalistas combativos. Sabemos poco de las formas en las que enfrentaron los ataques de la Triple A los militantes sindicales, y sí en cambio poseemos las listas de sus muertos, acaso porque esto también permite eludir las responsabilidades y el estudio acerca de la propia violencia incorporada a la práctica cotidiana. Por lo tanto, revisar la historia de la experiencia obrera de esos años excediendo el marco de sus agrupaciones sindicales permitiría arrojar luz sobre aspectos poco tocados de la historia reciente: sobre todo el accionar de la Triple A, en tanto estuvo compuesta en buen parte de sus cuadros por afiliados a los sindicatos, muchos de ellos “culatas” de notorios dirigentes. Esta mirada, por ejemplo, permitiría profundizar en el estudio de la confrontación interna del peronismo saliendo del mero análisis político para prestar atención a la experiencia.¹³

No sólo sería posible revisar la agresión hacia el sindicalismo combativo desde sus antagonistas políticos, sino también las dificultades para su desarrollo generadas por las organizaciones armadas afines, desde intentos de encuadramiento y militarización pasando por “ajusticiamientos” en apoyo de luchas gremiales. Podríamos aportar elementos para explorar las consecuencias de las contradicciones entre las prácticas militares de las organizaciones armadas y la actividad sindical, el impacto de estas divergencias sobre los simpatizantes insertos en las “organizaciones de superficie” en los frentes territoriales o sindicales. De algún modo, permitiría un programa de estudio acerca de la micro violencia, visible en las negociaciones cotidianas, en las “comisiones de apriete” y en la violencia naturalizada como parte constitutiva de la confrontación política y gremial. ¿Sería posible detectar diferencias de clase en el traslado de prácticas revolucionarias de vanguardia a agrupaciones sindicales, por ejemplo? ¿Qué mirada permitiría construir sobre la política de las organizaciones armadas en relación con sus organizaciones de base, con el pueblo por el que luchaban?

Por otra parte, el análisis de la presencia de la violencia en esos años claves de 1973-1975 permitiría revisar el concepto mismo del terrorismo de Estado como una simple irrupción en la vida política argentina el 24 de marzo de 1976. ¿Podríamos delinear procesos de más largo plazo, la mentada espiral del violencia que en los análisis parece circunscribirse a la escalada guerrillera?

Causas y efectos

¿Por qué no hay una *Noche de los Lápices* del movimiento obrero? No se trata de establecer jerarquías del dolor buscando construir una legitimidad desde el sufrimiento, sino de preguntarnos acerca de la ausencia o presencia de marcas en las memorias de la represión. Hecha esta aclaración la interrogación es válida, sobre todo porque abundan los ejemplos históricos de episodios tan cargados de sentidos como la tragedia de La Plata. Sabemos de sucesos similares en numerosas plantas y establecimientos como Mercedes Benz, Río Santiago, Ford, así como de la connivencia empresaria en la desaparición y denuncia de miles de activistas. No sería poca cosa avanzar en estos casos. Su investigación es una vía para reconstruir históricamente la relación entre formas estatales represivas y los sectores sociales para los que la reconfiguración (“reorganización”) de los andamiajes económicos de la sociedad argentina fueron un imperativo en aras de mantener sus privilegios.

¹³ Este enfoque permitiría relativizar las tradicionales apelaciones de numerosos dirigentes peronistas al *leit motiv* de que siempre son los peronistas los que “ponen los muertos”, llevando a mejores y más claras distinciones ideológico – políticas al exterior e interior de esa fuerza política. Ver al respecto Sergio Bufano, “Peronismo: víctima o victimario”, en *La Ciudad Futura*, N° 55, Buenos Aires, Otoño 2004.

Brevemente, ofrezco un ejemplo. Actualmente investigo acerca de la historia de un grupo de trabajadores navales de los astilleros ASTARSA, en la zona de Tigre.¹⁴ Esta agrupación se constituyó como oposición interna al Sindicato de Obreros de la Industria Naval. En 1973, luego de un accidente de trabajo fatal, tomó con éxito las instalaciones de los astilleros, obteniendo una serie de reivindicaciones que la transformaron en referente para otros núcleos sindicales y en un emblema de amenaza para las patronales. Durante 1974 y 1975 la Agrupación sufrió ataques de la derecha peronista y tuvo sus primeros muertos, mientras enfrentaba una crisis interna debido a los intentos de militarización por parte de Montoneros. El día del golpe, el 24 de marzo de 1976, el Ejército Argentino ocupó las instalaciones de Astarsa y secuestró a sesenta trabajadores, muchos de ellos aún desaparecidos. Para 1977, esta agrupación sindical estaba destruida, y la mayoría de sus cuadros muertos o desaparecidos. La investigación lleva a plantearse toda una serie de preguntas que obligan a prestar atención a la experiencia de los actores: Como cuadros político – militares además de sindicales, ¿con qué condiciones de seguridad se podía “operar” en la misma zona en la que se vivía? ¿Qué consecuencias traía las acciones de apoyo de la guerrilla en un conflicto gremial a los trabajadores? Más aún, ¿cómo eran vistas por estos? ¿Dónde esconderse frente a la represión, en un barrio? “¿Cómo me iba a clandestinizar si tenía que mantener a mi familia?” ¿Por qué abandonar una casa que se venían construyendo hace cinco o diez años? ¿Cómo se convive con un centro clandestino de torturas, cuando esta es la comisaría del barrio, cuando el secuestrador es el vecino? Las entrevistas a antiguos trabajadores y militantes navales encarnan estos interrogantes en historias de aislamiento y sufrimiento, pero sobre todo de silencio frente a otros emblemas más difundidos de la militancia y la victimización.

Aquí un freno importante tiene que ver precisamente con el carácter colectivo de la experiencia obrera, que no encaja en las formas predominantes para el recuerdo y la conmemoración de los muertos, y mucho menos de los “caídos en combate”, “asesinados” o “desaparecidos”. El modelo del combatiente revolucionario (o más precisamente, el *modelo del recuerdo del combatiente*) es romántico e individualista, pues incorpora toda una tradición martirológica que tuvo su auge con el desarrollo de los estados modernos y que destaca sobre todo el sacrificio y el patriotismo republicano que tan fuerte impacto tuvieron entre las burguesías nacionales.¹⁵

En este sentido, estas visiones estereotipadas, así como otras vigentes sobre el terrorismo de estado, acaso hayan obturado lecturas más amplias acerca de las dimensiones y objetivos de la represión, acerca de los cuales se declama políticamente pero sobre los que poca investigación histórica se ha producido. La imagen de los trabajadores como militantes o simplemente como actores sociales de este período histórico, carece de peso simbólico frente a las de otros actores políticos y sociales. Esta ausencia se traduce, por ejemplo, en que recién veinte años después del golpe militar, durante los actos conmemorativos, se relacionaron en un discurso público la represión feroz desde el estado argentino con la voluntad de destruir no sólo un movimiento obrero poderoso y organizado sino toda una experiencia de clase.

Para esta ausencia de relatos públicos surgen algunas explicaciones provisorias y fuertemente atadas a la coyuntura de la transición democrática: el movimiento obrero,

¹⁴ Durante el año 2003 conduje una serie de entrevistas para el Archivo Oral de la Asociación Civil Memoria Abierta. La investigación actualmente en curso es posible gracias a una beca de inicio a la investigación de la Universidad Nacional de Luján.

¹⁵ Ver al respecto George Mosse, *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*. London, Oxford University Press, 1990.

abrumadoramente peronista hasta los noventa, no asumió el reclamo por sus muertos y desaparecidos sencillamente porque hubiera significado revisar la participación de numerosos sindicalistas en la entrega y denuncia, o por lo menos de la falta de apoyo a miles de esas víctimas y sus familias, cuando no la activa participación de muchos de ellos en las patotas de la Triple A. Para el Partido Justicialista, significaba colocar en el banquillo a muchos de sus candidatos de 1983.

Pero además, durante la década del ochenta, para quienes revistaron en las agrupaciones de izquierda en los años sesenta y setenta el dilema político no debe haber sido menor. Por un lado incorporar esos hitos a la historia de la derrota de su proyecto político hubiera significado quedar asociados por la opinión pública de la transición democrática a sindicatos con una imagen pública fuertemente negativa. Por el otro, hubiera implicado cuestionar un relato épico de su propia militancia evidenciando los cortocircuitos entre sus vanguardias armadas y sus frentes de masas, el privilegio estratégico otorgado a las primeras por sobre los segundos. Y en el contexto de la teoría de los dos demonios, tales contradicciones abonaban los discursos sociales que tendían a responsabilizar a las conducciones de las organizaciones armadas y a sus cuadros políticos de la masacre.

Parece un lugar común hoy decir que el golpe del 24 de marzo de 1976 fue necesario para la implantación del actual modelo de exclusión. Pero es muy poco lo que hemos investigado y revisado acerca de la materialización de ese plan. Debemos la carnadura histórica que confirme o no esta narrativa pública. Carecemos prácticamente de trabajos acerca de la represión a los trabajadores, a sus familias, la estigmatización en barrios o villas ignotas a partir del hecho represivo, los avances sobre los derechos y conquistas sociales y laborales. Y también de las formas de resistencia a la persecución y la condena de otros sectores sociales, la reorganización y resistencia en inauditas condiciones de persecución y aislamiento.

Desde el punto de vista político acaso sea factible, investigaciones mediante, la posibilidad de encontrar modelos de resistencia en esos años, la explicación de la presencia aún hoy de numerosas agrupaciones y dirigentes sindicales dignas de ese nombre. Y aunque así no fuera, la justicia histórica y estos *desaparecidos del relato público*, los vivos y los muertos, merecen este esfuerzo: recuperar sus nombres y reconstruir sus historias, obliterados no sólo por la represión sino por las memorias dominantes hoy, aún aquellas que defienden derechos supuestamente de todos. No se trata de torcer las interpretaciones en función de una voluntad política (pues precisamente esta desviación es la que he pretendido cuestionar), pero sí de hacer que esta voluntad guíe nuestros esfuerzos para, como pedía E. P. Thompson, hacer una historia “tan buena como la historia pueda ser”.